

MUESTRA DE SU OBRA

El anzuelo dorado

MANUEL COFIÑO

PRESENTACION

“Y recuerdas cuántas cosas querías ser y hacer, todo lo que soñabas y no ha sido. Todo ido, vuelto menos que humo, menos que aire, sin rescate, como no lo hay en el ayer, ni en la niñez. . .”

El Anzuelo Dorado

Cofiño encaró con decidida vocación y profesionalismo los conflictos humanos del proceso socialista en sus aspectos más positivos; señaló con justicia las desviaciones de quienes aún en el socialismo, no han logrado humanizar su conciencia. Pero de la misma forma hizo a la manera de un fresco, una radiografía de las sociedades en decadencia.

Cofiño maneja en el *Anzuelo Dorado* una técnica tan difícil como hermosa que corrobora el papel que jugó como dueño de una prosa sugestiva y poética, una prosa con fuerza e identidad.

En su relato, pleno de referencias históricas, políticas, socio-económicas, culturales, corrobora su erudición, su alto nivel cultural y su comprensión de los conflictos que gravitan en una sociedad en decadencia enmarcada, enfrascada en cultos extravagantes, falsas deidades, y portadora de una cultura de antivalores.

En el *Anzuelo Dorado* Cofiño denuncia por vía de imágenes plásticas realistas, frescos de la vida social y económica; reflejos del ambiente cultural donde se desarrolla el drama. Simboliza en una forma magistral el deterioro de los valores éticos y morales, las deformaciones de la conciencia, en la sociedad capitalista, una sociedad huérfana de esperanzas y de sueños, una sociedad condenada a la frustración involuntaria.

Más sin embargo, nos deja ver el Autor con objetividad el curso de la dialéctica y la existencia de otras fuerzas, conciencias más puras, rescatables dentro de ese abismo sin fondo de la sociedad enajenada en el culto al dinero, de la sociedad en crisis.

Los elementos psicológicos son dados en el carácter realista de la narración.

El recorrido, la trayectoria del protagonista, nos evidencia la tipología del emigrante, su camino indescifrado, su busca incesante, sus acomodados, sus arribismos, la pugna incontenible entre los principios y la necesidad de subsistencia, pero también señala el fondo de su conciencia, rescatable de esos abatares que enfrenta. Con un profundo conocimiento del desenvolvimiento socio-político y cultural del capitalismo dada su vivencia en él durante 25 años de su vida y su observación directa de la crisis que evidencia, Cofiño ubica al personaje indistintamente en todos los tiempos: un personaje producto del desarraigo, de la ambición, de la desorientación, que existió, existe y existirá mientras subsistan las contradicciones entre las cuales fluye dicho personaje protagónico.

Utiliza Cofiño la segunda persona, como entidad omnisciente, dando a su personaje un carácter de realidad irreal, un personaje que existe como una voz que se pronuncia por él y por otro que lo determina.

Rosendo es el símbolo del drama de la inmigración de los latinos a los E.E.U.U., es el drama del desarraigo y de la carencia de metas, el drama de quienes presas de ambición se entregan al primer espejo. En el personaje Rosendo se opera un fenómeno curioso de ser protagonista memoria y conciencia al tiempo. Narda es engendro de ese desbordamiento incontenible de la ambición, de ese abandono o conculcación de principios éticos y morales, un engendro de intriga, malevolencia y sordidez. Es creado este personaje con tal maestría por Cofiño, que a pesar de que es el personaje siniestro de la historia, el personaje negativo, logra producir en el lector un distanciamiento hasta ver a Narda como el producto de la deshumanización de la sociedad.

Hernán, otra víctima de Narda y su mundo enmarañado de odio e intriga. Este personaje es portador de una gran fuerza literaria.

Cofiño logra a través de esta noveleta un equilibrio estructural entre la efusión lírica y la descripción objetiva de lo cotidiano. Es que su última producción tiene identidad propia marcada por una fluidez lírica constante que pudo cuidar de desbordamientos y por tanto constituida con rigor, en una garantía realmente estética.

La obra literaria general de Cofiño, goza de un elemento intrínseco a la obra que se inscribe como verdadero legado de una época. Desde la aparición de sus primeros cuentos —tiempo de cambio— ya comportaba su prosa una ambición de universalidad, ya desde su momento, se veía superado el localismo a pesar de que la temática abordada era extraída del proceso revolucionario; pero es que Cofiño siempre presentó sus argumentos como aconteceres universales.

El *Anzuelo Dorado* es una joya temática, estructural y estilística de la literatura contemporánea; es una pequeña gran obra que en forma magistral nos deja re-mirar —observar de nuevo— vivir el drama de lo caótico, de lo grotesco y dantesco del ambiente de una sociedad postrada. Un bullir de vida sin objeto ni dirección determinada, vértigo incesante de expansión, de poder y donde el individualismo y la egolatría caminan de la mano cobrando y pagando las cuentas de su ambición, de su caos interior, de su sordidez y desesperanza.

Manuel Cofiño vive en su obra. Y hoy cuando conmemoramos el primer aniversario de su fallecimiento, queremos recordar el cariño y la admiración que profesó a la Universidad Central, a su rector Jorge Enrique Molina, al compañero Alvaro Rojas de la Espriella con quienes departió cada vez que vino a Colombia, a este país nuestro que aprendió a querer, a vivir, a sufrir.

Manuel Cofiño fue portador de grandes y nobles ideales integracionistas, fue un escritor pleno, total, escritor de compromiso que hizo crecer su patria en el amor, en el trabajo, en la literatura.

Manuel Cofiño está entre nosotros además, porque su obra y su camino tienen memoria propia.

Luz Elena Zabala J.

EL ANZUELO DORADO

El pez en el anzuelo, tú: que
has mordido el anzuelo invisible
y te retuerces a medianoche.

LEOPOLDO LUGONES

... sobre un océano de oro hacia una engañosa costa

PINDARO

I

Te desbocarán el caballo, te arderán las riendas, te caerás en el gran salto sobre el fuego ceniciento. Pero no sabes, sólo recuerdas el principio, el oscuro principio, el montarte solitario en el animal que cabalga el tiempo que estremece y corre. Ahora estallar. Clavarte espuelas. Romper la luz que nace con la mezquindad y el vacío de otros días. Estallar. Desgarrar el paquete resplandeciente. Arrancar el celofán. Quitar el falso brillo que no alcanza a alegrar.

Observas la grisura del paredón ferroviario. Sacas la billetera y la revisas, y te tiemblan los dedos cuando introduces el boleto. No estás seguro de nada, ni de ese aire que no llega a ser transparente, ni de las ilusiones que te has creado para sobrevivir. Ya no tienes noción de tu lugar ni de tu persona. Te sientes diluido. Estallar. Pero diluido no se puede estallar. Hasta esa impotencia sientes.

Ha estado en Miami, Tampa, New Orleans, Los Angeles y New York. Dando bandazos ha recorrido el equivalente a la dicha entre Barcelona y Nueva Delhi. Va de Oakland a Denver, ciudad habitable, donde todavía dicen se camina sin prisa, ciudad de riqueza minera, industrias químicas, comercios florecientes, lugar de congresos, donde se alzan nuevos edificios, modernos hoteles y grandes oficinas. Ciudad próspera de oportunidades. Por lo menos eso le ha dicho el viejo amigo de su padre, ante quien se presentó sin otra recomendación que una nota escrita con rapidez cuando partía hacia el aeropuerto, allá en La Habana. El viejo lo acogió con reserva y sorpresa (linda casa al otro lado de la bahía de San Francisco) durante venticuatro horas; después, le dio un poco de dinero y aconsejó que fuera a Denver, capital de Colorado, ciudad segura para encontrar trabajo en tiempos difíciles.

La ola de pasajeros rompe en el andén. La locomotora del "Zafiro

de San Francisco" parece un gran coágulo rojo en la luz empañada. Junto al tren, envueltos en la neblina, camareros negros con chaquetas blancas. Tarimas azules con ribetes dorados han sido colocadas junto a las plataformas. Y todo te parece irreal, pura escenografía cartonera, para que falsos reyes suban a falsas carrozas ayudados por falsos pajes negros de sonrisas falsas.

Un aire verdoso flota en el coche. Y aunque es muy de mañana hay olor a madrugada, a tazas de café, a perfume-desinfectante, a húmedas huellas de vasos que han tenido wiski. Cuando el "Zafiro de San Francisco" parte, ya estás en tu *roomette*: un asiento de piel verde, un lavabo y una litera abatible que sepultará el asiento.

Te acomodas en la butaca. Enciendes un cigarro. Te parece que estás en una celda con vista al campo y con ese lavabo ahí delante como única compañía en las treinta horas hasta Denver. La soledad es lo que más te abate. Cierras los ojos y crees que de tus párpados hacia afuera no existe nada ni nadie, por lo menos nada ni nadie que tenga que ver con lo humano.

El tren deja atrás la ciudad. A través de la ventanilla ve baldíos; lejanas estructuras de un parque de diversiones; charcos sucios; camionetas enfangadas y caballos amarillos. Echa el cigarro en el cenicero empotrado junto a la presilla de *kleenex*. Sale al pasillo solitario de moqueta verde oscuro. A un costado, cortinas de un verde más claro cubren las entradas de la hilera de *roomettes*. Como en los baños públicos, se ven los pies por debajo de las cortinillas. Caminas entretenido en contemplar zapatos, tratando de imaginar a sus dueños. Pero te detienes al ver dos pies descalzos, dos pies de un rosado concha de mar, y piensas que deben ser de una muchacha rubia y sin pecas. Muchas veces te han desilusionado los pies de las mujeres, quizás por eso te deslumbran tanto esos que se mueven inquietos sobre la alfombra sin saberse observados. Inesperadamente, un negro de los de chaqueta blanca irrumpen en el pasillo, gritando: ¡Martinis! ¡Martinis! Los pies desaparecen. Los pasajeros abandonan sus compartimentos. Salen al pasillo y siguen al camarero. Entonces aparece detrás de la cortina. Se une a los que van tras el camarero. Y sigues con la vista sus hombros de franela, la ves oscilar en la penumbra como en un banco de niebla verde, parsimoniosa, abultada. Atraviesan varios coches. La ves encuadrarse en los vanos resplandecientes de cada puerta y enseguida borrarse en el mudo y acolchado vagón-bar. Mesas blancas, asientos azules y techo dorado. Se une a un grupo de mujeres.

En otros viajes te ha llamado la atención la cantidad de mujeres en los trenes. Lo comentaste con un compañero de travesía y él te explicó que la mujer sobrevive al marido unos diez años por término medio. No les gusta quedarse solas. Así que a la viudez, siguen los viajes. Ahora parece más joven entre el grupo de viejas que hablan y sonríen mientras el camarero sirve martinis.

— ¡Ay, el tren me encanta! —exclama una.

—Es delicioso, siempre encuentras compañía —comenta otra.

Entonces, ella, con un acento que te sorprende:

— ¡Aviones jamás! Cuando entro en ellos me parece que entro en una cámara de gas, y al abrocharme el cinturón es como si me ataran a la silla eléctrica. ¡Qué pánico! —y simula una pequeña convulsión. Sus pulseras brillan con todos los fuegos y un diamante chispea. Se turba al darse cuenta que la observas. La miras intensamente, porque ha hablado en un inglés de marcado acento latino. El grupo pide más martinis.

—En Nueva York hay médicos que quitan el miedo al avión. Curan con hipnotismo. Subes, oyes los motores y te duermes.

—Y sólo despiertas cuando los motores paran

—dice una de las viejas.

—No me convence —responde otra—. Así que pagas un billete para no enterarte de nada, sólo para echar un sueño sobre las nubes.

Ríen. Conversan. Ella te mira de reojo. Su sonrisa es nerviosa, contenida. Poco a poco las mujeres se van retirando, hasta que sólo queda ella. Sostiene tu mirada, esperando quizás un desenlace amable. Te decides, te acercas y le preguntas:

—¿Usted es cubana?

Te mira con ojos muy abiertos

—Sí, Y usted también. Estoy aquí desde hace veinte años.

—Yo sólo llevo seis meses.

—Pero siéntese. Pida algo. Yo invito.

—No, gracias.

—Siéntese, pida sin pena. Yo invito.

Ella pide un martini y un wiski.

Quedan callados, mirando a través de la ventanilla los árboles pelados y las hojas sobre la tierra de un color blanco hueso. Una bandada de pájaros levanta el vuelo, espantados por el tren, morados contra el cielo sin nubes. Pero, bueno, presentémonos. Narda Fonseca. ¿Y usted? Rosendo Martínez. El camarero pone sobre la mesa el martini y el wiski. Ella toma la copa. Sonríe. Brindemos por

nuestro encuentro. Tengo mucha sed. Como puede ver, vivo bien. Hay cosas que no se pueden ocultar. Aunque la verdad es que uno no se contenta con nada. ¿Ya tiene trabajo? He trabajado como traductor, pero parece que no soy muy bueno. Así que no tiene trabajo. Hay mucha gente así. Es duro. Y mientras bebes, piensas que ella no se puede imaginar lo que es dormir en el metro después de estar buscando trabajo todo el día, reventado y pelado hasta los huesos, y uno piensa que eso no puede durar toda la vida, o que por lo menos uno no puede durar así.

—Vamos. Beba. Pediré otro trago.

—¿Usted es viuda?

Se sorprende.

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Cómo lo sabe?

—Un compañero de viaje me lo explicó una vez.

—¿Cómo! ¿Qué dice usted?

—Me dijo que la mayoría de las mujeres que viajan solas en tren son viudas.

—Y. . . ¿por qué?

—Para no estar solas.

Una mariposa blanca, a pleno sol en el cristal de la ventanilla, desaparece bruscamente.

A lo lejos pequeñas casas, charcos, puentes de madera que cruzan arroyuelos y el bosque en que lo fresco y lo marchito se entreveran como en los cementerios.

—¡Ah. . . la soledad. . . !

—¿Se siente sola?

—Sí. Es lo más malo de la vida, es peor que la pena. Mejor no hablar de eso. Pero es peor que la pena.

Se muerte el labio y pide otro martini y otro Wiski.

—Pero. . .

—No se preocupe, yo convido. No tenga pena.

—Yo creí que se refería a la otra pena.

—A los dos.

El camarero trae los tragos. Ella levanta la mano y sus dedos se abren como pétalos. Baja la cabeza. Acaricia el borde de la copa, y detienes tu mirada en las palmas de sus manos. Ya no dudas que los pies que viste son los de ella, que bebe y: La pena y la soledad me dan sed. Eso que dice su amigo es verdad. El tren es la forma de viajar en la que uno se siente menos solo. Es como una calle o un pequeño barrio. Tampoco me siento sola cuando monto a caballo. Ya ves, aquí no estamos solos. Y a partir de ahora vamos a

tutearnos. Pasa la lengua por el borde de la copa. Los martinis le han encendido los ojos. Ves la humedad brillante que le resbala por los labios. Pues sí, el tren me gusta. Se puede beber. Se encuentra compañía. Ya ves. Del avión no puedo decir lo mismo. Los pasajeros, las comidas, los tragos y hasta la música son enlatados, fabricados para aislar, impersonales. Hay quien prefiere el automóvil, y dice: si tuviera auto no viajaría en tren. Pero yo prefiero el tren y los caballos. Tengo caballos. A veces sueño con una yegua a la que le había puesto Blackfly. Pero eso no viene al caso. ¿Sabes manejar?

Sí, que bueno que sepas. Por nada. Pensaba nada más. ¿Tenías carro en Cuba? Sí, seguro. A mí no me gusta viajar en automóvil. Le tengo respeto. El automóvil engaña con su aspecto inofensivo de niño mimado, cada año mata aquí a cincuenta mil personas y hiere a cerca de tres millones. Pero nadie discute su privilegio escandaloso. Es la vaca sagrada de este país. Pero, ya tú ves, en un auto no podríamos estar bebiendo y conversando como aquí; Voy a pedir más tragos. Ya te dije que no tuvieras pena. Me encanta el tren. Con mi esposo viajé mucho. Decía que para conocer un país había que recorrerlo en tren. Y he visto cosas curiosísimas. Vamos al vagón observatorio. Tiene techo de cristal y veremos los montes. Ya estamos cerca de las Rocosas. Verás qué paisaje. Sí, ya sé. . . hay que pagar. No te preocupes. Yo te invito. . . Aunque si prefieres quedarte y beber otro wiski.

Queda callada. Afuera, sólo tierra arenosa y pastos secos. El tren avanza cruzando el repetido escenario árido, solitario y confuso, que con resolución fanática se mantiene invariable. Mete el dedo en el martini y le da vueltas a la cereza. Saca el dedo de la copa y lo aprieta contra tus labios, y dice:

Está frío, ¿verdad? El martini enfría por fuera, pero calienta por dentro.

Sacude la cabeza. Tiene los ojos turbios y las mejillas y el cuello enrojecidos. Sientes su mano en tu rodilla mientras un viento de velocidad envuelve al tren en plena marcha.

—¿Sabes cuál es mi compartimiento?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Le cuentas cómo te gustaron sus pies. Ríe. Sientes de nuevo su mano sobre tu rodilla, pero, al deslizarse sobre tu muslo, te das cuenta de que no es una mano. Se ha descalzado y te acaricia con el pie debajo de la mesa. Y te dice al oído:

—Vamos. Acompáñame. Yo no lo encontraría. Estoy mareada.

II

Cuando regresan al coche-bar, la gente bebe, conversa, ríe. El vagón parece un túnel de alegría. Un hombre gordísimo habla en voz alta sobre California. Algunos pasajeros, medio en serio y medio en broma, le hacen preguntas. El gordo dice que hay que tener cuidado en tomar un tren equivocado, porque después a cada estación que se llega está equivocada.

—Casi no hay mujeres —comentas.

—Mejor. Ya no estoy sola ni aburrída; Tengo ganas de comer. Siempre tengo ganas. De noche, de día, siempre. Y ahora más que nunca. Siempre tengo hambre y sed. Vivo en una media hambre constante. He tenido que ir al psiquiatra. ¿Sabes lo que me dijo? Pues que yo, de jovencita, había tenido muchas ansias insatisfechas y que por eso me ha quedado este apetito vengador. No puedes imaginarte el hambre que tengo.

Llama al camarero, consulta el menú y ordena. Saca de su bolso un espejito:

— ¡Qué barbaridad! Me duele todo. Es peor que cuando me paso horas a caballo. Parece que las piernas se me hubieran derretido. Mira como tengo los labios hinchados y las ojeras que me han salido. Si estamos juntos un mes me matas. Eres peor que Bell. No es lo que piensas. Bell es uno de mis caballos, un semental pura sangre belga.

Se estudia los labios, los ojos, el pelo. Miras hacia la ventanilla que parece un pizarrón brillante recorriendo veloz el oscuro frescor del anochecer. Y recuerdas que cuando entraron en el compartimiento apareció por la ventanilla un letrero anunciando que llegaban a Nevada. Y el letrero desapareció tan rápido como las ropas del cuerpo de Narda, que te dijo:

—Eres diferente, no tienes cara de lobo dispuesto a devorarme.

Y bajaste la vista hasta detenerla en los pies desnudos que se movían inquietos sobre la alfombra.

Despertaron cuando el tren se detuvo y los anuncios luminosos parpadeaban en la noche. El tren se había detenido en un crucero. Los choferes sonaban los claxones con violencia. Pero el "Zafiro de San Francisco" siguió allí, impasible, provocador. A lo lejos la ciudad parecía una feria de anuncios. Ella dijo que estaban en Reno y que un día te traería para que conocieras sus casinos. Y tendremos una cama grande, no esta basura de litera. Aquí me asfixio. No resisto los lugares estrechos. Necesito grandes espacios y aquí

todo me parece pequeño. Siempre me he asfixiado en los apartamentos, en las casas pequeñas. Pero si supieras me da miedo volver a mi casa. . . siempre me da miedo. . . por la noche me da miedo el mar. . . siempre demasiado grande. . . como. . . Sólo me tranquiliza montar a caballo, trotar al aire libre. . . Y rompió a llorar. Ahora contemplas el color herrumbroso del wiski en el fondo del vaso. Llega el camarero con la comida.

—Disfrútala —dice ella—. Tengo una amiga que dice: A quien te llena bien por abajo, llénalo bien por arriba. Todo va a cambiar para tí, también para mí. Me siento contenta de haberte encontrado.

Empieza a sonar el piano y la voz de una mujer. El piano se tambalea. La cantante es negra, flaca y con una peluca rubia torcida que también se tambalea. Canta algo sobre un niño del sur que va a Chicago y se pierde en las calles frías y pobres de la ciudad. Después toca viejas canciones de los barrios franceses de Nueva Orleans. Algunos pasajeros se le acercan y la convidan. Narda comenta: Es una maravilla. Piano, canciones, tú, y hasta ese gordo que se conoce la historia de cada árbol y cada piedra. La pianista se retira y vuelve a oírse la voz del gordo:

—Ahorita entramos en Utah, y es una suerte atravesarla de noche.

—Vamos, sigue. Cuenta algo. ¿Por qué dices que es una suerte atravesar Utah de noche? —pregunta un viejo.

—Lo mejor es irse a dormir —responde el gordo.

—Vamos. No te hagas rogar. Bebe otro trago —dice el viejo.

—¡Rápido!, ¡rápido! —exclama el gordo—. Ahorita no hay tiempo.

—Este tipo es un personaje —comenta Narda.

—Vamos, cuenta —dice el viejo.

El gordo bebe el trago que le ha servido el camarero. Se pasa la mano por el ancho bigote y dice:

—La gente de aquí no deja hacer nada que valga la pena. Los mormones persiguen a los que fuman, beben, fornican, y no pagan impuestos a la iglesia. . .

El camarero le trae otro trago. El gordo se levanta y camina por entre las mesas: . . . Bien, todo empezó algo así como hace siglo y medio. Cuando un tal Joseph Smith tuvo una aparición. Dijo que Cristo le había pedido que fundara una nueva iglesia, porque todas las demás eran falsas.

—Eso es lo que creen todas las religiones que. . .

El gordo lo hace callar con un gesto, y prosigue:

— . . . Smith buscó seguidores firmes y un lugar para asentarse lejos

de los gentiles. Sí, porque los mormones llaman gentiles a los que no son mormones. Donde llegaban, organizaban su negocio; iglesia, banco, comercios y cooperativas, y provocaban el odio de otras comunidades. Y estas terminaban expulsándolos, dándoles candela a sus propiedades. Los botaban a palos. Pero Joseph y sus seguidores fueron constantes. . .

Los camareros lo interrumpen, explican que tienen que bajar las cortinas de las ventanillas. Ley seca. Prohibido el alcohol, dicen, y con rapidez las bajan. El gordo da chupadas al tabaco, mira el humo y espera a que terminen.

El caso fue que descubrieron Utah, un lugar alejado de gentiles, y sin ferrocarril. Aunque se equivocaron. Parece que no les funcionó bien la iluminación divina, porque llegó el ferrocarril. Los mormones ofrecieron dura resistencia, pero perdieron. Parece que Cristo se olvidó un poco de ellos. El presidente Cleveland se puso duro: o aceptaban las leyes federales y renunciaban a la poligamia y a los castigos por adulterio y se unían al resto de la nación, o serían confiscados sus bienes y disuelta su iglesia. Aceptaron. Y ahora siguen teniendo un gran poder en las finanzas y la política de este Estado maldito y se abstienen, al menos públicamente, de practicar la poligamia y perseguir a las esposas alegres. Pero en lo tocante al alcohol y al tabaco, no hay quien los convenza. En eso siguen equivocados. ¡Totalmente equivocados!

Ríe. Camina por el pasillo. Da chupadas a su tabaco. Bebe otro trago, y se pasa satisfecho la mano por el vientre.

— . . Pero todavía tienen sus cosas. Hace apenas una semana salió en la prensa que unos padres mormones mataron a palos a su hijo porque no aprendía a montar bicicleta. Como se ve, son inflexibles en la educación de sus hijos. Parece un chiste pero no lo es. . .

Apoya sus manos en el piano.

— . . ¡Ay Utah! ¡Utah! Asiento de polígonos de pruebas militares, almacén de bombas y glorioso centro de los Trident. Ayer, en Granstville, aquí cerquita, al oeste de Salt Lake City, una serie de explosiones destruyó una fábrica de explosivos. Nada más explotaron cuatro mil quinientos kilogramos. ¡No me miren así! Parece un chiste, pero no lo es. Cualquiera día volamos. Pero hay otras cosas, por ejemplo, ese hombre que pasó veintiocho años en la cárcel, porque se equivocaron. Parece un chiste pero no lo es. . .

Un pasajero lo interrumpe, le grita: ¡Oigame, a donde va a parar!

Parece un agitador comunista. El gordo se detiene, pero no se vuelve, mira el humo del tabaco, se sienta sin volverse y le responde: No. Soy periodista. Y aunque se parece, no es lo mismo.

—Es tremendo —comenta Narda—. En este país se encuentran los tipos más raros y pasan las cosas más inverosímiles. Aquí todo es posible.

—Menos encontrar trabajo.

Se pone seria, pero después sonrío. Te aprieta la mano y dice con voz endulzada:

—Eso ya no debe preocuparte. Yo daría cualquier cosa para que sigas haciendo a mis piesecitos lo que sabes hacerles.

El coche-bar va quedando vacío. Narda y Rosendo se levantan y mientras caminan por el pasillo, ella le dice cerca de la oreja:

— ¡Ay, si tuviéramos una cama grande!

III

Llueve. Al entrar en Denver el ferrocarril atraviesa un enorme cementerio de automóviles. Los carros tienen el capó abierto y parecen extraños peces con las bocas destrozadas. Llueve tan fuerte que cuesta trabajo ver los andenes cuando el tren se detiene. Tú no te separas de mí. Seguimos juntos. Ahora tengo que llamar por teléfono. Entra en la cabina. A través del cristal empañado ves su figura opaca que mueve la cabeza y gesticula. Regresa pálida y tensa. No preguntes nada. Ya te explicaré. Recogen los equipajes. Atraviesan la gris cortina de lluvia.

Detienen un taxi y Narda le dice al chofer: Llévenos al Holiday Inn. La lluvia continúa con violencia. Ráfagas de viento y agua barren las calles. Hombres y mujeres con impermeables y paraguas caminan de prisa por las aceras. La luz de los carros al iluminar la lluvia la hace plateada. Sientes la mano de ella en el muslo, su cabeza en tu hombro y todo te parece irreal. No puede ser tan fácil. No puede ser así como está siendo. Miras las pulseras de oro, el diamante en el dedo. Esto no puede ser como está siendo.

Tan pronto entran en la habitación del hotel, va derecho hacia la cama, y la toca, hundiendo el colchón. Y es grande y buena y aquí no tendremos la incomodidad del tren ni la maldita litera. Nada hay tan dulce como una habitación para dos, en un hotel tranquilo. Se quita los zapatos. Sonríe. Te muestra los pies, mueve los deditos, empieza a desnudarse. Camina por la habitación como un maniquí de pasta rosada, observándote de reojo para ver si la miras. Levanta la cortina. Continúa lloviendo. Voy a bañarme y nos

quedamos en la cama. Se dirige a la cómoda y se va quitando las alhajas, las coloca una tras otra en un montoncito encima del mueble. Entra en el baño. Miras las paredes verde guisantes, la cómoda color crema, el gran espejo, el teléfono verde manzana, los brillantes botones; oprimes y el cuarto se llena de la música de *Glass Houses* por Billy Joel. Al poco rato, Narda sale sonriente, envuelta en un vaho tibio y perfumado de jabón, vapor de agua, pelo húmedo y carne recién entalcada. Se tira sobre ti en la cama.

Vencida y agotada, con el corazón y las venas latiéndole desaforadamente, cierra los puños, apoya uno encima del otro, acomoda el mentón y queda pensativa. Al rato, como si supiera qué estás pensando, dice que sabe que estás al preguntarle a quien llamó por teléfono, pero que no quiere hablar de cosas desagradables. Ya habrá tiempo.

—Mañana me voy —dices.

—¿A dónde?

—A cualquier parte. Tengo que buscar trabajo.

—¿Para qué? ¿Por qué?

—No me gusta vivir así.

Ella se incorpora sobre los codos.

—Pero no te das cuenta que a mí me sobra todo lo que te doy y me falta lo que puedes darme. Déjate de tonterías. ¿No te sientes bien a mi lado? Ya encontraremos trabajo para ti. Mañana lo que vamos a hacer es pasear, beber, comer y divertirnos. Ya verás.

Se levanta y va hasta el espejo.

—Me siento molida, floja. Mira qué ojeras tengo. Dios mío, me siento cansada como una perra.

Se pone una bata de seda blanca y se coloca las pulseras y el anillo. Se acerca a los ventanales y separa la cortina. Afuera la lluvia cae inclinada y pertinaz.

IV

Despiertas como si algo hubiera sucedido. Narda duerme con la bata subida hasta la cintura y una mano entre los muslos. Te levantas y ruedas la cortina. Las calles brillan mojadas. Un sol paliducho ilumina el cemento, el hormigón, los cristales, el asfalto, los automóviles, la gente que camina: hombres de taller con monos azules, fracasados con corbatas voladoras, triunfadores con úlceras y miocardios zurcidos, secretarias putas de redacción, ángeles con espejuelos oscuros, terribles santos con manos en los bolsillos, culones de la administración, maricones audaces abanderados del

progreso, escritores que escriben sobre el precio de los girasoles, bondadosos amargados impersonales; muchachas con sueños, sexos, besos y lágrimas duras atragantadas, que tratan de saltar sobre sí mismas, pero sólo logran mover los traseros; traficantes de perdones, sabios de sabidurías ajenas. Todos de prisa, perseguidos y perseguidores, monedas para un azar lanzadas al aire en un cara o cruz de tener o no tener. La sientes moverse en la cama. Sus ojos se abren, pero se entrecierran de inmediato para volver a abrirse, alertas. Se levanta de un salto y cae en los dos pies al mismo tiempo en la alfombra. Es una vieja costumbre de buscar buena suerte, dice, creo en esas cosas. Se arrodilla. Es un viejo hábito de cuando estudié con las monjas. Y con voz baja, clara, de niña, de hijita de María después de un retiro espiritual:

*Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza,
A tí, celestial Princesa,
Virgen Sagrada, María,
Te ofrezco en este día,
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión:
No me dejes, Madre mía.*

Y mientras reza la imaginas abriendo la mano ante una quiromántica, sacando su destino de un vaso de agua, haciéndose tirar las cartas o los caracoles en algún garaje de la West, o consultándose con un gitano frenólogo en una buhardilla del Bronx. Se pone en pie, hace la señal de la cruz y se acerca a la ventana. Mira hacia las calles mientras se toca las pulseras, contándolas. Se vuelve y dice:

—He dormido como una lechona.

Va hacia el teléfono y pide un desayuno enorme: frutas, huevos con tocino, medias lunas con mermelada, ensalada de pollo, leche y café.

Salen a la calle, al aire frío, al estruendo de la ciudad que se infla y enrosca como humo en el viento que estremece los anuncios y barre las aceras.

—Dios mío. Esto parece un ciclón. Pero apriétate a mí, Verás que día vamos a pasar. Primero iremos a la fábrica de monedas. Los bi-

lletes los producen en Washington, pero el menudo lo hacen aquí. Tú veras qué cosa más deslumbrante. Hay también una exposición. Verás qué cantidad de dinero. Cada vez que vengo lo primero que hago es ir a esa fábrica. Me fascina ver tanto dinero junto.

El sol apenas se filtra entre los edificios. Ella se detiene frente a todas las vidrieras. El aire ahora es más cortante. Cogen un taxi, Un rato después recorren la fábrica con un grupo de visitantes. En un amplio salón, muy iluminado y dotado de los más sofisticados medios de seguridad y protección, ocho máquinas laten custodiadas por hombres armados. Millones de piezas de cobre o níquel salen brillando y son envasadas con prontitud. El guía explica que diariamente la producción es de unos cincuenta millones de dólares. Y que las monedas estarán en uso, de mano en mano, durante quince años. Luego serán retiradas y fundidas de nuevo.

—Ver tanto dinero me excita. Tú no puedes imaginarte cómo me pone. Es alucinante. Vamos a beber algo. Necesito calmarme.

El aire le arremolina el vestido gris con llamitas naranjas. Entran en un bar próximo, en una penumbra suave y violácea. Seis mesas y unas quince banquetas. Los camareros llevan chaquetas rojas y pantalones ceñidos al estilo vaquero; botas de tacón alto y pequeñas espuelas doradas.

—¿Te gustan las ostras?

—Nunca las he probado.

—¿No has comido ostiones?

—Ostiones, sí.

—Es más o menos lo mismo.

En la manga de la chaqueta del camarero brilla un pequeño racimo de uvas bordado en oro. De la vitrola de arcoiris sale música de la James Last Band.

—Ostras y vino blanco —ordena Narda—. Verás qué sabrosas. Viste qué cantidad de dinero. ¿Serías capaz de hacer cualquier cosa por tener mucho dinero? . . . Pero no me mires así, es un decir. Aunque debes saber que aquí hay que abrirse camino a contrapelo y ganarse la vida a colmillazos. Quien no se arriesga y no da el salto, no tiene futuro. Pero cambia esa cara. Después iremos a comer a un restaurante fabuloso, se llama Buckhorn. Me han contado que aquí en Denver estuvo Teodoro Roosevelt. Pero no para ver la fábrica de monedas, o la reserva de oro, sino para comer en el Buckhorn.

¡Te imaginas! Conozco al dueño. Es un muchacho descendiente de italianos. Era cocinero, pero supo dar el salto, arriesgarse, y ha logrado comprar el famoso restaurante a sus antiguos dueños, que eran alemanes. No me importa cómo lo hizo. Lo importante es que lo ha comprado y todo el mundo lo admira, y yo lo admiro. Supo dar el salto y ganó.

El camarero coloca en la mesa una fuente de plata con docenas de ostras abiertas sobre una copa de hielo triturado y rodeadas por una espiral de verdes trocitos de limón.

—Especial para ostras —dice. Muestra la etiqueta de la botella de vino y lo escancia con maestría. Narda empieza a preparar las ostras; mucho picante, mucho limón. Te guiña un ojo. Dispone con lenta delicadeza tus ostras y sus ostras. Pregunta si te gustan. Aprieta el limón con el cuchillo. Y cuando termina de tragar la última ostra, bebe lo que le queda en la copa y pide dos coñacs.

Apoya los codos en la mesa, entrelaza los dedos frente a su cara, te mira: Bueno, creo que llegó el momento. Ni tú sabes de mí ni yo de ti. Creo que llegó la hora de volvernos al revés, de desnudarnos sin censura, de dejarnos caer del todo. Así que la propia vida en cien palabras, ¿eh? ¿Estás de acuerdo? Empieza tú. . . Bueno, empezaré yo. Cambia la mirada, pestañea, se toca las pulseras. Le da vuelta al anillo. Se la quita y se lo pone. Lo primero que dice es que ha mentido. No es viuda, es casada. Bueno, soy viuda y casada. Vive en Miami, salió con su marido de Cuba en el sesenta y uno, y hubo no sé que problemas entre las organizaciones y una tarde lo mataron a tiros a la entrada de la casa. Habían hecho buenas amistades y al poco tiempo se casó con un norteamericano ya mayor, pero fuerte, alegre y sobre todo millonario. Posee una de las colecciones de relojes más valiosas del mundo, acciones en empresas relojeras y en periódicos y revistas. Al principio todo fue canto, oro y viajes. Ningún estremecimiento o augurio hacía sospechar lo que pasó. Estaba en Suiza cuando el primer infarto, pero lo superó y a los pocos meses, en México, fue una hemiplejía. Narda cierra los ojos y pide más coñac. El quedó que casi no podía hablar, se le caía la quijada y cuando hablaba era moviendo la boca como un muñeco de ventrilocuo. Todo su placer, todo su dolor, los comunicaba por los ojos, que los tenía muy pocas veces cerrados, siempre abiertos mirándome fijo, incluso durante el sueño. Era horrible. Podía decir sólo algunas palabras. Narda bebe, cierra los ojos, y por favor no quiero recordar aquellos días. Se quita y se pone el anillo. No levanta la vista de la copa de coñac. Dice que

la muerte le da miedo, no sólo la de ella, sino la de cualquiera, y que la vida mezclada con la muerte da horror. Tuvo que vivir semanas en que de los muebles y los adornos brotaba el olor de las medicinas, la vejez y la muerte. Yo lo cuidaba, no me separaba de su lado. Le leía periódicos y revistas. Y él se abandonaba a los días y a ella como un niño y testó a su favor. Y así meses. Yo cuidándolo hasta que empezó a mejorar y los médicos asombrados, que sí, que mejoraba. Es muy fuerte, sabes, y comenzó a reponerse. Pero nunca fue el que había sido, ya nunca fue el de antes. La voz se le volvió áspera. Siempre estaba de mal humor y tenía que caminar con bastón, pero se bañaba en la piscina y nadaba y exigía y exigía. No quieras saber lo que exigía. Narda se sonroja. Empecé a sentir asco, repulsión por su lengua estropajosa, sus manos temblonas y su boca torcida. Ya todo fue distinto y no podía, pero aguantaba porque a dónde ir, cómo vivir como vivía, cómo dejar lo que tengo y tendré.

Rosendo la mira. Ella no levanta la cara hasta que sacude la cabeza y dice: Ahora vamos a disfrutar. Mañana nos vamos a Miami. Lo que tenemos que hacer es divertirnos y prepararnos para el salto.

El sol traza débiles franjas en la calle azul. Codazos, caras rígidas, ojos saltones, hombres gordos y mujeres delgadas, hombres delgados y mujeres gordas, hombres altos y mujeres bajas, hombres bajos y mujeres altas cruzan a su alrededor. Nubes de espuma sucia negriazul. Azulgris los edificios. Tenue azul del aluminio y los cristales. Hasta el aire parece azul, un azul de polvo y de ceniza. Por las aceras, por las calles, piquetes de hombres y mujeres con letreros sobre el pecho y la espalda, y cada vez son más y una mujer grita desde el frío azul de una puerta y se despliega un lienzo rojo y hay más y ahora pancartas y hay más y Narda revoltosos de mierda y locos y hay más qué coño es esto y se aprieta contra Rosendo y ya es toda la calle y todas las aceras y aplausos y gritos y confusión y revuelo y corre corre y dios mío me apolisman y se aferra al brazo de Rosendo y vamos corre y alaridos, chirriar de neumáticos y los schermoly antimotines y los ojos que arden y pican y arden y aullidos y golpes y golpes y golpes y palos y gritos y chispas y el auto de rayas y se refugian en una marquesina y una vieja grita y llora detrás de ellos y qué horror y disparos y hombres y mujeres que se arrastran y estallan granadas de balas de caucho y palos y más palos y más golpes y una oreja partida y chorros de sangre que manchan la camisa de un muchacho y palos y cascos de plástico y ojos abiertos que no ven y brazos y piernas y disparos

y gritos y corre corre y todo termina de pronto como empezó.

Dios mío, Dios mío. Vamos. Qué susto he pasado. Avanzan cogidos de la mano bajo la débil sombra intermitente de los árboles. Déjame sentarme, y se deja caer en un banco y respira profundo. Saca el espejito. Ya tú ves, quien no se atreva a dar el salto se verá peor que esos. Lloriqueando, encajonados en el Bronx o armando chozas de protesta en pleno Capitol Hill y cogiendo palos por todas partes. Se arregla el pelo y se levanta. Te pasa el brazo por la cintura, se pega a ti y echan a andar. Se detiene frente a todas las vidrieras. Pasan junto a un inmenso disco azul y entran. Narda compra *Te quiero a morir*, de Francis Cabrel; *Just one night*, de Clapton; *The wall*, de Pink Floyd y *Ruby, don't take your love to tow*, de Kenny Roger. Compra con la misma voracidad con que come. Qué título para nosotros, dice. Y, *Una jornada triste y La cinta rosada*, de Lucio Battista. Te separas de ella y caminas por el salón. Te enfrentas con una muchacha desnuda, sentada en la arena, de frente a ti y de espaldas al mar.

¿Qué le parece esta francesita de 22 años? Valentine Maunier. El último descubrimiento del director Claude Barrois. Usted la tendrá próximamente en The Telephone's Bar.

Narda se acerca con el paquete de discos. Vámonos, esa muchacha no tiene los pies como yo, por eso los esconde en la arena.

Afuera el aire le arremolinaba el vestido de llamitas naranjas. La despeina. Vamos al Buckhorn. Y tú que si las ostras. Y ella que las ostras eran sólo un aperitivo.

El Buckhorn parece una sala de armas del viejo Oeste. Rifles. Revólveres. Pieles. Trofeos de caza. Retratos de indios, jefes de peli-grosas tribus. Arcos. Flechas, Plumas. Fotos ecuestres. Narda se detiene. Este se parece a mi Bell. Ya lo verás. Hace días tengo pesadillas con Blackfly, una yegua que tuve y que murió. Cabalgamos por un camino de llamas que queman y no se acaban y yo sé que tenemos cerca el mar y a todo galope trato de llegar a él, pero nunca aparece, y despierto cuando las llamas no abrasan. Es terrible.

Un hombre joven, bajito y delgado y de pelo muy negro peinado hacia atrás, se acerca a Narda y le besa la mano. Rosendo, te pre-

sento a Tino. El te mira indiferente, enciende un cigarro y apaga el fósforo con una cinematográfica bocanada de humo. Los invita a sentarse en una mesa. El hombre tiene algo de torero, de cantante flamenco, de bandido italiano. Le he hablado del Buckhorn, dice Narda. Pues sí, no es que sea mío, pero este es un buen lugar. Hace años los antiguos dueños organizaban cacerías y encuentros con los indios. Una vez invitaron al presidente Teodoro Roosevelt. En ese rincón cenó el presidente. Ahí es donde quiero sentar al actual presidente. Lo que hace falta es darles de comer mejor, que con tanta dieta y tanto *joggins* y atentados pueden perder el nervio que necesitan. Ya verá que nuestra comida le gustará a cualquier presidente. Se vuelve hacia Narda. Y usted, señora, cada día más hermosa. Y ella sonríe y hablan y hablan. Observas las cejas de Narda, depiladas, casi inexistentes, rayas finísimas que le dan al rostro una expresión desesperada. Escuchas la conversación. Mencionan caballos famosos, *bookmarkes*, hipódromos, *jokeys*, marcas. . . Al fin, él se despide ceremoniosamente y se aleja hacia otras mesas.

— ¿Qué te parece?

— Un tonto.

— ¡Un tonto y ha comprado el Buckhorn! Pero no te preguntaba por él, sino por el lugar. Verás qué tragos, qué comida.

V

Van de regreso a Miami. Y Narda que te escucha y acaricia sus pulseras, ofreciendo el cielo y la tierra y una rueda de fuego que envuelve unos pies rosados, un anzuelo de sueño y la confusa imagen de un millonario de paja y un bastón que da vueltas. Ha pedido que le cuentes de tu vida. Le dices que ha sido alegre, malcriada, triste, buena, regular, mala, de esas que el cielo sin cesar desasosiega. Saliste a Cuba un mes antes de lo del Mariel. Estuviste preso en el sesenta y uno por problemas políticos. Tu padre tenía una ferretería y a los pocos días de que se la intervinieran murió de un ataque al corazón. De tristeza murió, dices. Antes de la Revolución estudié aquí, en Tampa, en una academia naval, en la Farragut Academy. Eso fue en el cincuenta y cinco, cincuenta y seis y cincuenta y siete. Estudié navegación. Mi padre me enviaba dinero y la pasé bien, aquello fue pura felicidad. No como ahora. Resolví la salida por Costa Rica. Fue una odisea. Allí estuve meses hasta que entré ilegal aquí. Cuando llegué estaba el problema de los del Mariel. Pasé las de Caín. Estuve en un campo de refugiados y me dejaron salir porque sabía inglés. Desde entonces problemas, tumbos, sinsabores. . . Narda te pone la mano en la boca. No sigas. Ya

pasó. Todo va a cambiar. Ahora me tienes a mí. Le retiras la mano. ¡Ojalá! Narda pasa los dedos por el borde de la copa. ¿Cuál es tu mundo? No sé. ¡Cómo que no sabes! ¡Tu mundo soy yo!

Enciendes un cigarro. Bebes un sorbo de wiski. ¿Crees que no habrá problemas cuando lleguemos a Miami? ¿Crees que soy tonta? No soy ninguna niña. No te preocupes. Desde hace años no emprendo nada sin un plan determinado y si surgen problemas enseguida hago uno nuevo. Ya verás. Formamos parte de un mundo que se hizo astillas, pero podemos hacer otro. Confía en mí.

Satisfaces ampliamente sus ganas. Pide fogosamente, con ímpetu y vehemencia, y en una forma tan impulsiva que te parece teatral. Se sienta en la cama, extiende sus piernas, mueve los dedos y pide que se los muerdas. Ha tomado demasiado en serio lo de los piececitos.

En Miami, lo primero que hace es alquilar un pequeño apartamento, lejos del Mc Allister, porque por allí los cubanos se fijan en todo. ¿Cuánto dinero tienes? Sacas la billetera y le muestras treinta dólares arrugados. Ella abre el bolso y te entrega trescientos. Insiste. Cómprate alguna ropa. Mañana nos vemos.

Te acercas a la ventana y contemplas el muro, el pasillo, los patios interiores. Cáscaras, repollos podridos, sobras; ese olor que la humedad pudre y endulza. Te dejas caer en el butacón. Enciendes un cigarro y miras las manchas en la pared. Recuerdas cuando tu padre tenía la ferretería, aquellas manchas en las paredes del almacén de arena y resebo que se te convertían en fantasmas. Por entonces tu vida parecía clara, puro aire después de la lluvia, lavado en la distancia del tiempo de tus días de estudiante de los Maristas. Y recuerdas cuántas cosas querías ser y hacer, todo lo que soñabas y no ha sido. Todo ido, vuelto menos que humo, menos que aire, sin rescate, como no lo hay en el ayer, ni en la niñez, ni en el amor de aquel mundo construido a medio aire, hondo de presunciones y matices, de pendiente en bajada, y el último aire al subir al avión con tu maleta canela, que después te robarían, cuando le servías de intérprete, en el Cubans Friend Liberty, a aquella muchacha que tenía la saya manchada, y hundía la cabeza bajo la lluvia y lloraba, sentada en el fango, junto a la tienda de campaña, y decía que la habían violado, y el *policeman*: *okey, okey. Here you can see that we have different kinds of men. It's impossible. To know.* Después se entregaba por una cajetilla de More mentola-

dos, un short, unos pantalones de alas anchas. A los tres días te llamaron para decirte que podías marcharte, porque sabías inglés y no tendrías grandes problemas. Y fue entonces el caminar y caminar y el buscar y buscar y el tufo de las bocas del subway, el olor a naranjas fermentadas que te hacía vomitar, el hedor de pies y sudor y ropa agria y carne derrotada y respiraciones espesadas por la angustia.

Al fin, un trabajito de sereno en una panadería. Ibas tirando, pero duró poco. Después aquel Mike Murphy que te convidaba casi todas las noches al Paradise y se había hecho tu amigo sobre todo cuando le dijiste que habías estudiado en la Faragaut. Te recomendó a Jonathan Arthur Cierner y te regalaba *Paladin Press, Merc, Soldier of Fortune, Gume-ho*, con anuncios como: "Se buscan patriotas que hablen inglés y español". Al señor Dennis M. Phillips de Tyler, Texas. Por favor que contacte. Tenemos su dinero pero no su dirección. "Agente de espionaje retirado". Obtenga un exitante empleo. . . esta es una oportunidad que le ofrece el gobierno de los Estados Unidos. . . Gane \$40.000 al año. Eic, P. O. Box 67. Fernandina Beach, Florida. Hay que trabajar y lo mejor es algo sólido, práctico, por cuenta propia, y te propuso entrar en la vida *thrilling* para hacer montones de dinero. Y cuando le dijiste que no habías venido para mater a nadie ni para pelear, que lo que querías era trabajar, vivir tranquilo, rehacer tu vida en libertad, sonrió irónicamente, y terminó dándote en las espaldas palmaditas compasivas, como a un niño ingenuo, y te dejó en la mano el último número de *Soldiers of Fortune*. Guárdatela, por si en algún momento te hace falta y cambias de opinión.

Y después nada, ni una remota posibilidad, y ahora esta mujer que regala, promete, ofrece y oculta. Esta mujer de arrebatos y desorden, medio hija de María, medio hermanita de la Caridad, que te quiere comprar con una moneda más escabrosa que la acuñada. Sacas los tres billetes de a cien dólares y los aprietas. Esto no puede ser tan fácil como lo está siendo. Te sientes vulnerable, inquieto. Todo lo que te rodea adquiere un significado especial, una influencia misteriosa, y piensas que toda esta telaraña dorada pueden ser las redes de un cazador. Presientes que tendrás que enfrentarte a un combate, pero no sabes por qué ni contra quién. Y fumas cigarro tras cigarro y escuchas los ruidos que te llegan con cierta cualidad de aviso, susurros, chillidos amortiguados. Alguien sube las escaleras con un vestido cuyo rumor semeja los silbidos de un látigo. Y te llega lejano el resuello del tránsito en oleadas.

La ancha calle de Flagner, recta y arrogante, es una confusión de lenguas, de luces y espejeantes planos entrecruzados. Caras del Vedado. Garroteros del Cerro. Nalgas de Pogolotti. Inacabables almacenes. Piernas de Luyanó. Cafeterías. Ojos de Mantilla. Bancos. Tetas de Miramar. Oficinas de Turismo. Vidrieras que parecen de plata. Una mulata que mucho debió arrollar en la comparsa de los Hoyos, cruza la calle con un impermeable azul celeste. Te detienes ante las vidrieras de Burdines, de Bahers. Las luces brillan como flores cristalizadas. Vencer, subir dar el salto. Olvidarte para siempre del *Cuban Refugee*, del *Center Employee*, de la Primera Avenida y Calle Quinta del NE, de las exigencias del cojo por los cien dólares. Te sientes tragado. Nadie en un hormiguero de nadies. Una mujer con los labios coral florescente te atraviesa con la mirada y desaparece tras un inmenso camión amarillo, y en el húmedo rasguño de su sombra, la recuerdas en La Habana. Pero eso aquí, en Flagner y 47, sucede a menudo. Te has encontrado con putas de San Joaquín, cantineros del Potín, empleadas de La Epoca. Peloteros del Almendares. Compañeros de colegio y de presidio.

En la Avenida Tercera compras una guayabera bordada y unos mocasines. Entrás en el bar Mexicano. Bebes. Piensas. Bebes, Narda te encontrará trabajo, sí, seguro, en alguna de las compañías del marido, en un banco, quizás hasta como traductor en uno de sus periódicos. Bebes. Piensas. Cambias el animal que cabalgas por un descapotable Porche 911, rojo con bandas blancas, cinco velocidades, cuatro litros por kilómetro y doscientos veinte en carretera. Vivirás en la playa. Bebes la cerveza fría y espumosa. Comerás en platos de plata. Dormirás en colchón de pelos de camello sobre almohadas de seda color ciruela. Bebes. Disfrutas de tu éxito y todo lo demás no tiene importancia, porque no ha sido más que una depresión. Ahora la suerte está de tu parte. La moneda ha caído, la oyes rebotar, y tu cara brilla a todas las luces encendidas, al sol, y queda clavada en tu camino para la gran victoria, para que sea lo que está siendo. Bebes y cabalgas. Saboreas ya el esplendor de la abundancia y ahorita, con unas cervezas más, rematadas por un buen wiski, te irás a dormir, y te levantarás fresco y vigoroso; y mañana algo nuevo empezará. . . pero no sabes qué. . . y bebes y cabalgas. . .

Muy temprano llega Narda vestida de amazona, en un Ferrari deportivo color mostaza. Vamos a mi casa. Ya te explicaré.

La casa, frente al mar, es blanca, rodeada de jardines y una piscina en forma de riñón gigante. A un costado una fuente con delfines que echan por la boca, chorros de agua que forman arcos antes de caer junto a la figura de una mujer de mármol que ofrece una manzana. Narda se quita las botas y mete los pies en el agua y ríe y chilla y los saca llenos de goticas que brillan al sol. Dime, acaba de decirme. Ya te lo explicaré todo. Ahora ven para que veas. Al fondo se extiende un prado verde y parejito para jugar al golf y un picadero. En la cuadra de caballos, Narda te muestra su Larry árabe, su Donka anglo árabe, su Bell pura sangre belga, hijo del ganador del Derby de Kentucky. Caminan alrededor de la casa. Y estos son los garajes. Aprieta un botón oculto en la pared de ásperas rocas, y se abren las puertas a un Rolls Royce, un Ford Capri azul y un Toyota vagoneta. Estos son nuestros carros, aparte del Ferrari. La vagoneta la usa el cocinero para las compras. Pone la mano sobre el azul eléctrico del Ford Capri. ¿Te gusta? Y piensas te lo va a regalar. Pero dice: Ya hablé con él. Por el momento podrás trabajar como chofer. Y te atrapa un sentimiento de globo que revienta, de fin de película, una desilusión de patada. Así estaremos juntos. Pero cambia esa cara. Por el dinero no debes preocuparte, te daré el que necesites. Tú sabes lo que tienes que hacer. Vamos para que lo conozcas.

Una tenue luz, el aire acondicionado, el amplio salón, la alfombra bajo tus pies, un aroma de colonia, a delicado perfume de limón, y al final, junto al bar, rodeado de revistas y periódicos, lo ves en una posición extremadamente rígida. Este es el nuevo chofer del que te hablé. Abre los ojos, y apoyándose en un bastón negro, fino, con empuñadura de plata, se pone en pie un poco tambaleante, escorado hacia la derecha, pero solemne, alto, con escaso pelo gris y unos ojos azules, líquidos, descoloridos, tan pálidos que casi son blancos, y que miran y no miran bajo unas cejas grises. Pero hay en ellos la mirada de un hombre que nunca ha sacado un vaso de leche del refrigerador, porque siempre se lo han puesto en las manos. Adviertes bajo sus arrugas y pellejos, el enjuto fantasma de un atleta. Trata de hablar, y por un costado de la boca le salen sonidos ásperos, roncós, se ahoga como si tuviera agua hirviendo en la garganta. Y en su español torpe y más entorpecido por la lengua estropajosa, logra articular algo así: ¡Ah, mucho gusto! Coloca la punta del bastón a unos centímetros de tu pecho. Aquí no hay mucho trabajo. Ya casi no salgo. Quiero que sepa que aprecio la fidelidad y la honradez. Baja el bastón. Se sienta en el *rokingchair* y entrecierra los ojos. Narda te coge por el brazo y te lleva a través

de pasillos y salones. El comedor: la mesa de nogal rodeada de diecisiete butacones tapizados en una fresa claro; los grandes candelabros de plata con cirios amarillos; los inmensos crisantemos de oro; los faisanes de plata que sostienen con el pico la bandeja de frutas; el alto vitral que se abre al sol. La luz que inunda el salón ofrece una atmósfera multicolor de moteado calidoscopio y envuelve anaqueles y vitrinas, soperas y bandejas, platos y salseras. Copas en forma de sirena, de tarros de fortuna, de conchas, de peces, de flores. Puro cristal de Bohemia y pura plata y oro. No se sabe cuánto vale, dice Narda, y sus ojos se deslizan de costado para observarte.

Te deslumbra el cuarto de relojes, octogonal, de cristal, y según Narda, la propia habitación es un reloj de sol. Te guiña el ojo y te aprieta el brazo. Te muestra relojes de arena, clepsidras, relojes automáticos de agua, de huevos de Nuremberg, una réplica del fabuloso reloj de agua de Ktesibuis con su angelito indicador sobre el delfín y el angelito plañidero de cuyos ojos brotan goticas de aguasegundos, una réplica del famoso reloj de la catedral de Estrasburgo, en fin, relojes de todas las formas imaginables: de estrellas, de mariposas, de libros, de corazones, de cruces, de cuchillos, de féretros, de lirios, de calaveras, de árboles. Relojes con incrustaciones de esmalte y de piedras preciosas. Narda abre una urna de cristal y extrae un anillo en el que está montado un pequeñísimo reloj que da la hora con un diminuto martillito, y que, suavemente, golpea el dedo. Dicen que es réplica de uno que perteneció a una reina danesa. Ves. Ves. Te das cuenta lo que podremos tener, y se le altera la expresión.

Después recorren el resto de la casa. Te presenta al cocinero, a los dos jardineros, a las seis camareras, al cuidador de la cuadra de caballos. Todos serviles y de ademanes ceremoniosos. De todos los sirvientes sólo dos te llaman la atención: Lolita y Hernán. Lolita, la portorriqueña, por su exhuberancia, por su piel caramelo y sus ojos de barniz negro. Y, Hernán, el venezolano, por su mirada alerta, que enseguida te pone en guardia. Hernán es bajito y delgado, tiene la cabeza en forma de bala y los brazos tan largos que la punta de los dedos le rozan las rodillas. Es el único que no viste uniforme, sino botas, pantalones de montar sucios y muy gastados en las rodillas y un jersey marrón. Exhalaba tufo a alcohol y a sudor de caballo. Su cara marcada por el sol y el viento tiene un aire vigilante. Narda lo elogia diciendo que es un gran jockey y que tiene muy buena mano para los caballos. Al final del recorrido te lleva a tu

habitación, encima de los garajes, con una ventana al mar. Te abraza, pero enseguida se separa. Ahora puedes irte. Mañana empiezas. Llévate el Toyota. Por la noche iré a verte.

VI

Andan en sus quehaceres; el cocinero en la cocina; los jardineros en los jardines; las camareras en la limpieza. Casi no se les ve. A quien ves a menudo es a Hernán, al caer la tarde y al amanecer, siempre sentado en una de las cercas del picadero. Ahora está allí y no sabes si irlo a ver para que te explique o dejar las cosas así. Durante el mes que llevas en este lugar te has dado cuenta de que se mueve con la silenciosa agilidad de un salvaje o un ladrón. Muchas veces has creído estar solo y te ha sobresaltado verlo aparecer a tu lado. Te irritan sus inesperadas apariciones. Lo has sorprendido hablando con Narda, como dos cómplices, en los lugares más insospechados. Y a veces discuten nerviosos y exitados. Al principio tu presencia parecía ofenderlo y humillarlo y evitaba hablarte, pero ha ido cambiando. Ayer, cuando pasabas cerca de la cuadra, te acercaste al aire dulzón de los pesebres, y sus ojos alcohólicos se volvieron hacia ti entre la respiración de los caballos, un resoplido soñoliento y un relincho. Cuando Donka escuchó tu saludo contrajo los ollares y volvió su largo cuello para mirarte. Hernán le acariciaba el vientre y le daba azúcar y sus manos se llenaban de baba y te dijo: Me da lástima que le vaya a pasar lo que a Blackfly, porque a la señora le gustan más los caballos que las yeguas, los gallos que las gallinas, un lagarto más que una lagartija y hasta una hormiga macho más que una hormiga hembra. Hablaba sin mirarte, acariciando los belfos de la yegua. Sí, me da miedo que le pase igual que a Blackfly. Ella tenía una grupa ancha y carnosa y los remos finos, y era negra entera, pero de un negro casi azul. Había que querer a un animal así. Con el tridente revuelve la paja, la echa en los pesebres. Sientes un intenso olor a estiércol, hierba seca y alcohol. Pero la señora no sé por qué se le atravesó, fue lucha entre hembras y de hembras. Ella la maltrataba y el animal se le fue haciendo indócil, se paraba en dos patas, coceaba y en varias oportunidades se le desbocó. Descuelga los arreos y empieza a ensillar a Donka con una montura plana de estilo inglés. Y continúa hablando con las pupilas vidriosas y el pesado aliento a alcohol. Así comenzó entre ellas una lucha de hembras. Yo no estaba aquí cuando pasó lo que pasó, estaba en la ciudad. Peter, el jardinero, lo vio todo, pero no se atrevió a hacer nada. Dice que la señora fue a montarla y Blackfly reculó violenta y se paró en seco como si clavara las patas en el suelo para siempre. Cuenta Peter que la señora no pudo ni moverla por más que la golpeó en los ojos y le mor-

dió las orejas. La señora se desmontó y con este mismo tridente le pegó salvajemente hasta que a la yegua se le aflojaron los remos delanteros y se le derrumbó la cabeza. Cuando yo regresé la encontré medio muerta, boqueando en la costa, y no pude hacer nada porque allí murió sobre la arena.

De un salto, Hernán montó a Donka. Se pasó la mano por la frente y con una mirada enigmática, te preguntó:

—¿Usted conoció a la señora en el ferrocarril?

Y sin darte tiempo a reponerte de la sorpresa:

—Yo también la conocí en un tren.

Clavó los talones, azotó a la yegua y se alejó al galope. Ahora lo ves sentado en la cerca, dándose golpecitos en la mano con la fusta. Se baja de un salto y entra en la cuadra. Dentro de un rato lo verás salir con una botella en la mano. Se encerrará en su cuarto y no aparecerá hasta mañana, sentado ahí, en la cerca del picadero.

VII

Vas conociendo las costumbres de la casa. Las camareras que se quedan a dormir suelen irse a la cama a las diez. Las luces del cuarto de Mr. Henry se apagan hacia las once. Las de Hernán no se encienden nunca; debe de beber a oscuras el venezolano. Los martes y los jueves un grupo de viejas, la mayoría cubanas, visitan a Narda y juegan canasta y conversan en la terraza. Los viernes viene Mr. Drew, una especie de secretario de Mr. Henry. Los miércoles, algunos amigos de Mr. Henry, pocos, tres o cuatro, vienen a jugar poker o *blackjack*. Los domingos Narda va a la iglesia, con rosario, libro de misa y mantilla negra. Tienes que llevarla en el Rolls Royce. A Lolita, antes del almuerzo y la comida, siempre la encuentras sentada en el sofa del pasillo de la cocina, como esperando que aparezcas para encender el barniz de sus ojos y cruzar con habilidad las piernas. Conversa, se da un poco, pero recoge rápido. Es de las que tiran la carnada y cortan el nailon por temor a tener que comerse el pescado. Con Lolita es con quien más comunicación has establecido y la única a quien le has preguntado sobre Narda. Pero trata de evitar las preguntas y da respuestas imprecisas, reticentes, vagas. Sí, es verdad que rara la señora. Pero paga bien y no es quisquillosa. ¿La señora? . . . Bueno, sí, pero cada cual tiene sus cosas. Yo le agradezco mucho a la señora. Hay que cuidarse. Yo no sé. Verdad que no sé. Así te has ido enterando que Peter, el jardinero, vive con Nelly, la camarera pelirroja. Gues, el cocinero, es homosexual, y el más viejo en el servicio de la casa. Ya trabajaba

con el señor antes de que conociera a Narda. No tragaba a la señora. Robert, el otro jardinero, vive con una cubana santera que reside en Miami, Fla.

Todas las mañanas Mr. Henry salía a la piscina acompañado de Narda, hacía sus ejercicios y nadaba un poco. Ella lo ayudaba, lo agarraba por el brazo, le alcanzaba el bastón, la bata de baño. Desde hace unos días lo llevan a la playa. El médico dijo que no le haría mal nadar en agua salada los días de sol fuerte. Narda te pidió que la ayudaras. Así que cada mañana cargas con las sillas de loneta y el termo con jugo de naranjas. El nada entre tú y Narda. Después que salen del agua le friccionan el cuerpo con toallas, se sienta al sol en la silla de lona y entrecierra los ojos. Narda prefiere tumbarse a la sombra de los cocoteros y dejar escapar la arena por entre los dedos de los pies, que adquieren más vivamente que nunca ese color de concha de mar. Cuando el viejo no mira ella te guiña el ojo. Procuras no mirarla. Te enfureces cuando la ves tan hipócritamente solícita y cariñosa, preguntándole al viejo cómo se siente, servirle el jugo, pasarle la mano por la cara.

Estallar. Dejarla con su viejo y sus piesecitos. Estallar. Pero. . . Narda se levanta y dice que va a purificar sus piesecitos. Y se va a la orilla a mirar las olas que llegan hasta sus pies y envuelven sus tobillos en nudos de espuma. Después avanza hacia el azul más oscuro y se zambulle con la destreza de una foca.

Mientras Narda nada, Mr. Henry acostumbra a hablar contigo. Le ha sorprendido y agradado que hayas estudiado en la Faragaut y que domines el inglés. Te angustia escuchar al viejo con ese gorgoteo de agua hirviendo en la garganta, pero en su idioma se le nota menos torpe, la lengua se le enreda menos, aunque a veces se le desinflan las palabras en los labios como si fueran globitos de saliva. Te habla de sus tiempos, de sus fogosos años de peripecia, de su etapa en West Point, del desembarco de Normandía, de sus viajes, de un hijo que murió en Corea, de su primera mujer que falleció de parto, de su colección de relojes, de la puntada, del lanzazo en el costado y del sudor frío que a veces le cubre el cuerpo. Y te parece ver en sus ojos azules, amarillentos triunfos, capullos, flores, guirnaldas que se le arrastran por el recuerdo, ya secas, convertidas en polvo vano. Después comenta como los cubanos han cambiado la ciudad. Ya se parece más a Cuba que a los Estados Unidos. Todo cambia. Yo he visto ya como tres o cuatro Miamis. Ya te ha hecho

comentarios cuando lo paseabas por Flager, por 45, por el sureste de la ciudad, por la *sausera*. Lo has llevado a Richmand Hts, a Biscayne Bay, Opa-Locka, Lummus Park, Ocean Drive. Has dado con él algunos viajes a Palm Beach y a Daytona, donde Mr. Henry tiene bastantes amigos y vive Mr. Drew, su secretario. Allí te habló una vez que en Normandía conoció a un cubano que después salió de aquí para Cuba en una expedición para unirse a Castro. Lo mataron allá por el cincuenta y siete. Yo lo recuerdo, creo que se llamaba Calixto. Al viejo le gusta salir contigo, conversar contigo. Le caes bien, te ha cogido aprecio, cosa extraña en él, te ha dicho Narda.

Un día Narda sugirió echar a andar el pequeño yate deportivo, hacerle reparaciones y organizar paseos por la costa. Al viejo le agradó la idea. Y ella enseguida, con furioso entusiasmo, ordeno los arreglos y comenzó la tramitación del papeleo para que pudieras sacar el título de patrón, teniendo en cuenta tus conocimientos de navegación y el dinero que lo resuelve todo.

Narda continúa con sus ocurrencias inesperadas. Hace unos días llegó al apartamento de la 22 N.W., abrió la cartera, sacó el anillo reloj de la reina danesa. Si el viejo se entera me mata. Se quitó la ropa, se tiro en la cama con tal ímpetu que los muelles crujieron como si se hubieran roto; levantó la pierna izquierda como una bailarina de ballet y te pidió le colocaras el anillo en el dedo del medio porque la excitaba sentir el martillito dándole golpecitos mientras hacia el amor.

En la cama ella sigue igual, pero algo ha cambiado. Una mañana, con una voz que le desconocía, te dijo: Rosendo, tienes que fregar los autos, están muy sucios. A partir de ese momento te ha empezado a tratar como señora a sirviente. Lo notas en el tono, en sus miradas, en sus gestos. Cada vez se queja más de Mr. Henry, que si lo detesta, que si le da asco, que si te has fijado en sus manos con esas asquerosas venas verdes, que no resiste cuando la manosea, y ese aliento a podrido que le sale del estómago. Estallar. Preguntarle por lo que te ha dicho Hernán. Estallar. Pero hay promesas y esperanzas, aunque el apartamento amplio y confortable no aparece y regalarte el automóvil prometido puede ser peligroso, sospecharían. Pero podremos tenerlo todo si de verdad me quieres.

Muy pronto estuvo el yate listo, reparado, abanderado y con todos

los papeles en regla. Mr. Henry se veía contento y Narda con un entusiasmo tal que parecía no había completado su infancia. La embarcación era más bien pequeña, pero poseía condiciones. Una plataforma volante, un puesto de mando con modernos instrumentos, una pequeña planta de radio. La cubierta era cómoda, la cabina amplia y aunque el baño y la cocina eran pequeñísimos tenía dos magníficos camarotes.

Los primeros viajes los hicieron siguiendo la línea de la costa. Narda contemplaba la playa, la casa blanca y solitaria, la hilera de cocoteros, los cambios de marea y las gaviotas que buscaban bulliciosas su alimento en los bancos de arena. Se sentaba en la borda de popa y dejaba colgar sus pies desnudos para recibir las salpicaduras que producía la hélice, y miraba la estela de espuma que iban dejando atrás. Mr. Henry con su bastón, sus bermudas color kaki, sus calcetines altos, su gorra de comodoro y una chaqueta ligera, pasaba el tiempo en la acolchada silla de popa. Cuando el aire se estremecía y empezaba a soplar una brisa ligera, pura, salina, respiraba profundo y con una expresión adormilada y jovial, decía que estaba respirando salud.

Narda siempre andaba descalza y exhibía una amplia colección de trajes playeros comprados en Niza. Descalza, allí en el yate, tenía una manera más ágil de moverse y no había forma de no fijarse en aquellos pies. A veces parabas el motor y la embarcación quedaba casi inmóvil en la brisa y la marea. Entonces Mr. Henry se quedaba dormido. Parecía un muñeco olvidado en la acolchada silla. Narda y tú bajaban al camarote y ella decía: No hay que temer. Si se despierta llamará. No puede bajar la escalérilla. Y sólo se oía el rumor del agua al golpear en la quilla del yate.

VIII

Estás entrando al Ford Capri en el garaje cuando Narda se acerca, en sandalias, pantalón gris claro y blusa de hilo aguamarina. Te muestra los pies, mueve los dedos, sonrío y dice: Vamos a pasear. Coge hacia Opa-Locka. ¿Pero qué hay? ¿Qué te pasa? Nada. Vamos. Se sienta en la parte trasera. Arrancas y por el espejo retrovisor la ves fumar rápidamente, erguida, tranquila, segura de su capacidad de dominio. Durante kilómetros permanecen en silencio, tú observándola por el retrovisor y ella mirando el paisaje. ¿A dónde vamos? Ya te diré. Quiero pasear contigo. Hablar contigo. ¡Frena! Detienes el auto. Se pasa al asiento delantero. Dale. Ya te diré.

Sonríe. Pero te parece que no está tan alegre ni tan serena como quiere aparentar.

Un camión cargado se inclina remontando la cuesta. Tiras la segunda y el auto rompe el aire velado de la tarde. ¿No piensas en la muerte? Yo siempre que viajo en avión o en auto pienso en la muerte. Atraviesan la tarde húmeda y neblinosa, cruzan paisajes desnudos. Llegan a lo alto del cerro para volver a encontrar, descendiendo, el mismo paisaje pantanoso, la misma luz que se deposita en el aire. Aceleras y tienes la sensación que la autopista, la larga recta tentadora, impecablemente asfaltada, viene hacia ti vertiginosamente. No vayas a salirme un kamikaze de carretera. ¿Qué? Que hay muchas formas de acabar. Pisar el acelerador hasta el fondo y lanzarse. Déjate de tonterías. ¡Tonterías! Conozco casos. No hace mucho el hijo de un amigo de Henry, heredero de una de las mejores mueblerías de Daytona, pisó el acelerador y como un bólido se lanzó. Estaría loco. Lo conocí y no lo creo. Se da también la variante humanista. Un padre de familia con su joven amante, en esta misma autopista, dio media vuelta para estrellarse de frente a toda velocidad, con otro auto matando también al otro chofer, que no tenía nada que ver con su drama. Dejó una carta diciendo que no quería hacer más daño. El auto avanza por el monótono paisaje interrumpido en algunos tramos por grandes carteles multicolores que estallan en el aire gris. Marlboro. Pan American. Coca-Cola. Billey Motorcycle. Bourbon Wiski. Zenith, Betty Bar. Una capa de neblina que cubre la llanura lejana parece impregnada de luz. Charcos de espejismo en la carretera. Ella pega su muslo a tu muslo. Tienes que leer de vez en cuando Warm Road. Si ahora me tiro al timón, si le doy a esta velocidad un golpecito, todo se acaba. Reduces la velocidad. Te aprieta la rodilla y susurra a tu oído: no temas. No seas cobarde, despreocúpate, no me suicidaré, y menos, así, por razones estético cosméticas. ¿Te imaginas mis lindos peisecitos destrozados?

Pasan cerca del lindero de un bosque. Ella no cesa de fumar y le tiemblan los dedos. Después cruzan un puente y el reflejo de la tarde en el río. Aparece un letrero: Happy House. Aquí es. A ambos lados zarzas llenas de moras. Y de pronto un campo moteado de manzanillas locas o margaritas de ojos grandes. Hay flores silvestres desparpamadas y arracimadas a lo largo del camino. Al doblar, una gran casa de tejas rojas que parece abandonada. Pero enseguida llega el olor a carne asándose. Al fondo, una terraza sobre el río. Mesas y sillas blancas, de hierro colado estilo New

Orleans. Detrás del emparrado, del cambiante centelleo de hojas, sale un camarero. Narda pide dos Tom Collins. Se sientan. Bebe ávidamente. Pide otro. Acerca la silla, te pasa el brazo sobre el hombro. Te acaricia la nuca y sientes en tu cuello la humedad de su aliento cuando te dice bajito: Si pudiéramos siempre estar así, sin cohibirnos, sin que nadie nos estorbe, sin temer. Me iría contigo al fin del mundo. Se separa. Mejor tráiganos una botella de ginebra, bastante hielo y limón. Del río llega una brisa removiendo el atardecer. Ella empuja la cara hacia ese aire, se inmoviliza un segundo y se vuelve para clavarte unos ojos sagaces y decididos. Estoy preocupada. ¿No sabes que Henry ha comprado un detector de mentiras? Ríes. No me vengas con bromas. Pero ella te mira muy seria. Vi el anuncio recortado y el cheque por diez mil dólares a nombre de la firma inglesa que los fabrica. Es un moderno detector de bolsillo para ejecutivos de empresas. El anuncio decía: Sepa lo que realmente piensan de usted. He averiguado y me han dicho que son seguros. Sólo tiene problemas con los sicópatas que se creen sus propias mentiras y con los borrachos que se engañan a sí mismos. ¿Y qué tiene que ver? ¿Cómo que qué tiene que ver! Si el viejo detecta que lo odio, pierdo todo. Cómo que qué tiene que ver. Bueno, cuando llegue el aparato se lo desaparecemos y ya está. Tú todo lo ves muy fácil. Pero yo no aguantó más.

Bebe medio vaso de ginebra. Empieza a llorar. No lo soporto. No puedes pensar lo que es acostarse con ese montón de pellejo áspero, que sólo es capaz de manosear y manosear y llenarme de saliva, su baba asquerosa, de su peste a estómago podrido. No puedo más. Se muerde la mano. Tenemos que quitárnoslo de encima. La miras asombrado. ¿Qué quieres decir? Y la idea que atraviesa tu pregunta es un relámpago que te estremece la silla cuando ella dice: Puede ser fácil y sin complicaciones. Es uno de los paseos en yate se cae el agua y se acabó. Nadie podrá probarnos nada. Necesito que me ayudes. Le das vuelta al vaso. Ella te mira con los ojos muy abiertos y enrojecidos. Mira, Narda, me fui de Cuba porque aquello no me gustaba. Pero si pudiera ser rico haciendo lo que me propones y pobre sin hacerlo, prefiero quedarme pobre. Vine aquí a trabajar, no a matar. Has perdido la cabeza. Baja los ojos, se repliega. Hace cruces con la punta de un dedo en la superficie húmeda de la mesa. ¿Pero tú sabes lo que es seguir soportándolo, pudiendo tenerlo todo enseguida y sin problemas? ¿Y la conciencia? Bebe otro medio vaso de ginebra. ¿La conciencia! ¡Eso no existe! Conozco a un matrimonio. Ella es mexicana y él

de aquí. Ella vivía en México, en la ciudad de León. Allí hay muchas fábricas de zapatos. Le dicen la meca del calzado. Pues este norteamericano iba allí muy a menudo a comprar lotes para los grandes almacenes que tiene aquí en la Florida, y en Georgia y New York. La mexicana estaba casada con uno de los vendedores de una de esas fábricas de León. En uno de sus viajes el norteamericano se fijó en ella. Le echó el ojo. Y cada vez que iba los invitaba a comer. Pues bien, un día apareció muerto el esposo vendedorcito. Pasó el tiempo. Cada vez que él iba a León la visitaba. A los pocos meses la invitó a ir a Acapulco, después viajaron a Europa. Después la trajo aquí y se casaron. Dicen que al cabo de los años él le confesó que había mandado matar a su exmarido porque quería tenerla de todas formas. Y sabes una cosa, pues parece que ella ha aceptado eso como una gran prueba de amor. Y, ya vez, ¿qué pasó con la conciencia?

Se sirve más ginebra. Le tiemblan las manos. Lloro. Con irremediable, indemne perversidad, recurre a las lágrimas, a los ruegos, a las promesas de su rosada carne. A momentos parece arrepentirse. Que la perdones, que no la mires así, que está condenada, desesperada, que no puede seguir así.

Casi no se puede sostener. Da unos pasos y cae y tira la botella y los vasos al piso. Te inclinas, la sacudes, le hablas a la cara y al fin la pones en pie. Se resiste a que la metas en el auto. Dice que quiere que la lleves a bañarse en el río. Te grita cobarde. Se tambalea. Te empuja. Tratas de sujetarla, pero te rechaza, trastabillea y cae. La levantas, pero al igual que los niños dormidos cuando los llevan por la noche al baño, continúa dormida de pie. La cargas y la tiras en el asiento trasero. Con violencia arrancas el carro.

IX

Los labios pálidos y caídos de Mr. Henry se mueven en silencio, y una espumita blanca se le forma en la boca mientras contempla fijamente los pies de Narda. Ella se examina el talón como si la hubiera pinchado un erizo. El yate está anclado a sotavento. Las olas rompen en las piedras del fondo y siguen hacia la playa que cierra la cala. Con un brusco movimiento de cabeza echa el pelo hacia atrás y alza la vista al cielo estirado y tenso. Después mira al viejo y una sombra cruza por sus ojos. El viejo se pasa los dedos por la boca, por la cara, por la red de venas amoratadas casi a flor de piel. Ella cierra los ojos. Se tira en la cubierta. Boca arriba. Con las manos extendidas y las piernas abiertas.

Tienes que acabar, no como quisieras, sino como estás obligado a hacerlo. Pero algo que debe tener relación con tu sangre, tus músculos y tus huesos, con el animal que cabalgas, te vence, te reprime la irritación, la furiosa necesidad. No te decides porque ella está ahí con su carne al sol, y tú estás derrotado, inevitablemente capturado otra vez, dentro del radio y dominio de una hembra que te mira y se acaricia el vientre y los piesecitos y el vello parejo y enroscado que relumbra como cobre en sus muslos. Y te sonrío, húmeda y suprema. De modo que no cabe decidir, sino esperar el ciego furor o la sonrisa; porque cuando está en el yate lo mismo mira con relampagueantes ojos salvajes y huidizos de cierva, que con agresivos y tremendos ojos de víbora, que con ojos tiernos y mansos.

Te ha hablado, te ha pedido que la perdones, que es incapaz de hacer lo que dijo, que fue la desesperación, el amor, el temor, no sabe cuántas cosas. No seré temeraria, ni dominante, ni agresiva, como tú dices. Y parece convencida de que los problemas de la vida no se resuelven como en las películas o las novelas policíacas. Te ha prometido no hablar ni pensar más en lo que ha dicho. Ha vuelto a ser un poco como antes, a tratarte como al principio y te ha comprado un Porshe 911 gris acero con banda blanca. Pero hay en sus manos vacilaciones, ansiedad, destellos, y en su mirada decisión e indecisión, y sabes que a veces piensa en lo que ha prometido no pensar. Como ahora, que con ojos quemados, implacables, de torturadas pupilas reticentes, mira al viejo adormilado en la cómoda silla de popa como un envejecido animal indefenso, como un lobo liquidado ante la fruta y la serpiente, ante la flor y el cuchillo, inútil para la sangre y la vida, incapaz de ver crecer las aguas, la brasa en el azul, el fuego en las espumas. Y la miras y te das cuenta de que piensa en lo que prometió no pensar.

- ¿Te lanzas?
- No me gusta el fondo.
- Aquí es mejor.
- Vamos más lejos.

Cada día pide ir más lejos, cada día el viejo pasa más horas durmiendo, cada día ella y tú pasan más tiempo en el camarote. Levas anclas y subes al puente de mando para tomar los controles. Echas a andar el motor. El yate vibra y el viejo abre los ojos. Ella le recoge la revista que ha caído a sus pies y se la pone en las manos. Diriges la proa hacia el horizonte. Narda se sienta en la popa y deja colgar las piernas sobre la espuma que levanta la propela. El agua

es ahora de un azul profundo. Ya no se ve la costa. Peces voladores rozan las crestas de las olas y se estrellan contra el casco. Una albacora se levanta en el aire, gira y cae de cabeza en el agua. Ves un manchón de mar verdoso y enfilas hacia él. Narda ya se ha puesto el gorro amarillo, la careta, las aletas de goma. La luz hace prismas en el agua clara y densa como un cristal movedizo. ¡Qué clara está el agua!, grita Narda. Apagas el motor. Ella se lanza por la borda de estribor y se aleja nadando con la cara sumergida, mirando el fondo a través de la careta. Nada con largas brazadas, dejando asomar del agua sólo su gorro amarillo; de cuando en cuando levanta la cabeza y la vira para respirar y mirar hacia el yate. El viejo tiene la revista sobre sus rodillas, y el peso de sus manos la sujeta contra la fuerte brisa de la tarde. Con la cabeza inclinada y los ojos cerrados no parece haber vida en su rostro.

Ya Narda es sólo un punto amarillo sobre el azul profundo. Te das cuenta de que la corriente la ha ido alejando cada vez más del yate. Y piensas darle una lección, acercarle la muerte, ponerla al borde, enseñársela, que le vea el filo cerca, que llegue a sentirla fría en sus brazos, mojándole la cara, los piecitos y el vientre. Alzas la vista y ves un ave girando sobre el yate. Enciendes el motor. Echas a andar la propela. El yate se estremece. El viejo se despierta y levanta. Agarras los prismáticos y los enfocas hacia donde se mueve Narda. Haces un gesto de adiós con la mano. Y puedes ver los brazos de ella que se agitan en un desesperado chapoteo de espumas. Escuchas sus gritos lejanos. Alejas el yate. Sientes los golpes del bastón sobre la cubierta de popa. El viejo está tenso, muy pálido. Da unos pasos. Golpea la borda con el bastón. Aceleras el yate alejándolo cada vez más. El viejo golpea la plataforma volante. Te mira con ojos desorbitados, incrédulos. Te dice algo que no entiendes. Habla con insospechada violencia y los sonidos le salen mezclados. Le sonrías. Viejito, te estoy vengando sin que tú lo sepas. Das un giro, aceleras el yate y lo acercas a Narda. Le pasas velozmente a unos diez metros. Ella grita. El viejo golpea la escalera del puente de mando. Al fin te acercas y la izas por la borda. Sientes que se aferra a tus manos con la cara congestionada y los ojos desmesuradamente abiertos en una expresión de aturdimiento y espanto. Las lágrimas se le confunden con el agua salada que le chorro por la cara. Se quita el gorro. Respira profundo. El viejo se le acerca. ¿Qué pasó? ¿Por qué hizo eso? Fue una broma. Y Narda lo ve tan agitado, jadeante y tembloroso, que le da un beso. Sí, fue una broma. Y el viejo sonrío con la fría y estúpida indulgencia de su edad. Narda lo agarra por el brazo y lo sienta en la silla de popa.

Recoge la revista y se la entrega. Baja y le trae un vaso de agua y una pastilla. Lo vuelve a besar y desciende al camarote. El viejo deja escapar un largo bostezo, se golpea la boca con la yema de los dedos, su mandíbula se afloja y la cabeza cae sobre el pecho. Cuando te cercioras de que se ha dormido, bajas al camarote. Y la encuentras desnuda, tirada boca abajo en la litera, con la cabeza hundida entre los brazos. Y se vuelve. ¿Por qué me has hecho eso? No juegues así. Y llorando se golpea los muslos con los puños y llorando te echa los brazos alrededor del cuello y te muerde la boca y se aferra a tu cuerpo con un deseo convulso, desesperado y furioso. Y sólo se escuchan los apagados gemidos de ella y el rumor del agua al golpear la quilla del yate.

X

En la casa se habían revuelto las cosas que dormían y un indicio de intranquilidad y expectativa flotaba en corredores y pasillos. Los jardineros miraban la casa a cada paso. Las camareras se paraban a la entrada de las habitaciones y conversaban en voz baja. Había un ambiente de incertidumbre, como si todos los relojes del salón otogonal hubieran alterado la marcha de sus agujas esperando un motivo de trastorno. La atmósfera que llenaba la casa parecía el prelude de un gran estrépito. Al amanecer viste a Narda hablando con Hernán en el picadero. Después, la encontraste varias veces, inquieta, entrando y saliendo de los cuartos, haciendo sonar las pulseras, dándole vueltas al anillo, como si buscara algo escondido. No sabías lo que pasaba hasta que se te acercó y te llevó a un lugar apartado y dándole vueltas al anillo te confesó que desde hacía días le había suspendido los medicamentos al viejo, que le había cambiado las pastillas por otras. Y cuando la agarraste por las muñecas te dijo que por pastillas absolutamente inofensivas, y que aunque tú siguieras pensando de ella lo peor, no era ninguna Borgia.

Mr. Henry se había sentido mal. Por la mañana vino Mr. Drew y después llegó el médico. Suspendió los paseos en yate y ordenó reposo. Por la tarde Narda te dijo que no iría a verte al apartamento porque había pasado un día muy tenso y tenía jaqueca. Había en su cara una extraña crispación y te dijo que tenía una ocurrencia, un juego, y que podía ser que se ganara en ese juego. Al atardecer volviste a verla hablando con Hernán. El estaba, como siempre, sentado en una de las cercas del picadero, ella le había tomado la fusta y mientras conversaba le daba golpecitos en el muslo.

Ahora te asomas a la ventana, a la noche de un añil oscuro y sientes en tu cara la freca brisa. La marea menguante se retira rápidamente. Ves el yate fondeado y a lo lejos la brillante lucecita de alguna embarcación que se mueve hacia el sur. El aire mueve los setos de adelfas y el amarillo resplandeciente de los rosales. Las luces del cuarto de Mr. Henry permanecen encendidas, se apagarán a eso de las once. Las del cuarto de Narda están apagadas y las de la habitación de Hernán, sorprendentemente encendidas. Bajas y el Ferrari está en el garaje y sientes intranquilidad. Caminas por la playa. Ya de madrugada, cuando todas las luces se han apagado, regresas a tu cuarto y te quedas parado ante la ventana escuchando el chapoteo de las olas, mirando el yate y las estelas fosforescentes de los peces.

XI

Narda compró una pareja de caballos jóvenes y de buena estampa. Tan pronto los soltaron en el picadero, la potranca se levantó sobre las patas traseras y lanzó dos veces las delanteras hacia la cara de Narda, que retrocedió asustada, pero enseguida, con un látigo ensortijado parecido a una culebra negra, arremetió enfurecida contra la yegua. Los latigazos restallan sobre la bestia. La potranca se recoge y se encabrita hasta que sale corriendo a gran velocidad, y se desploma al galope contra la cerca del picadero, y queda allí con los ojos convulsos y las patas aún galopando en el aire. Hernán, que ya ha logrado amansar al potro, se acerca a la yegua y la acaricia. Narda tiene el pelo revuelto y el rostro contraído. Le tira el látigo en la cara a Hernán y se va del picadero. Parece borracha.

Bebe de día y de noche, sola o acompañada por Hernán, junto a la fuente de los delfines o tirada sobre la paja de los pesebres. ¿Por qué andas tanto con Hernán? No es con él, sino con los caballos, porque ellos y la bebida y tú me calman. Da largos paseos a caballo y al anochecer galopa por la franja de la playa. Después te busca y se van para el apartamento, y en la ropa y en la carne lleva impregnado ese olor dulzón a afrecho y hierba seca.

Mr. Henry mejora. Mr. Drew lo visita casi diariamente. Hace días trajo a un especialista en aparatos antirrobo y establecieron un sistema de protección para toda la casa, sobre todo en el salón de los relojes. Esto ha puesto tensa a Narda, y ha vuelto con lo del detector de mentiras de bolsillo. El viejo va reponiéndose. Por las mañanas ella lo atiende y salen a coger sol a la terraza o a la piscina. El

resto del día Mr. Henry se lo pasa leyendo periódicos y revistas o aletargado en su *rokingchair*. Y ella, con sus caballos o bebiendo.

Una noche, ya de madrugada, te llamó, y con voz ronca y cansada te pidió que bajaras a buscarla al comedor. La encontraste con la cabeza apoyada en la mesa junto a una botella de Gordon's. Cuando levantó la cara tenía en la frente un redondel rojo y te sorprendió el destello de sus ojos, su intranquilizante fijeza. Esa noche fue cariñosa, turbia, absurda, ridícula, trágica, triste, falsa, sincera, en fin, tan caótica y absorbente como sólo puede serlo una mujer como Narda, con el contenido de una botella de ginebra en la cabeza y el arrebato y la desesperación en la sangre.

Ultimamente le saltan en la cara unos guiños espasmódicos que le acentúan las incipientes arrugas. Cada día está más agitada y ansiosa. Le has aconsejado que vaya al médico. Y su mejor médico eres tú cuando le haces lo que sabes hacerme. Y tienes que ayudarme, comprenderme, decidirte. Termina con recriminaciones, con ruegos, suplicando, pidiendo perdón y volviendo a recriminar.

La servidumbre comenta que si la señora tiene una crisis. Que si no sería igual que la otra vez. Y le preguntas a Lolita, tratas de sacarle lo más posible, mientras ella coquetea, promete más y entrega menos, un rozar de muslos, un apretón de manos, un instantáneo toqueteo de sus pechos. Y entonces la risita, la carnada apetitosa de su carne, y el corte del nailon. Sí, ya en otra ocasión la señora estuvo mal. Le dio también por la bebida y los caballos. Aquí había una yegua negra que le decían Blackfly. Y dice Peter que ella la mató a palos. Por aquellos días tuvo un disgusto con Hernán. Un día se enfureció con él no se sabe por qué y dicen los que lo vieron que hasta le entró a fustazos y él se fue. Estuvo perdido como una semana y después regresó. Ahora parece que se han amigado. Pero, ¿por qué preguntas tanto sobre Hernán? Tú sabes cómo es él, que casi no se trata con nosotros. Por la mañanita sentado en la cerca y al anochecer sentado en la cerca y por las noches emborrachándose en su cuarto. Es raro. Peter dice que fue un gran jockey, pero lo agarraron inyectándole no sé que cosa a los caballos para que ganaran en las carreras. También dicen que tenía siembras de marihuana y amapolas. Peter lo justificaba, dice que es un amargado porque ya nunca más podrá ser jockey. Me da pena con la señora. Ya otra vez se puso así. Ella tiene una parienta creo que en Chicago y va a verla a cada rato. Se pone mal si pasa tiempo sin salir de viaje. Dice Hernán que se pone así porque sale a

buscar. Y que hasta por eso, de rabia, mató a la yegua. Pero pueden ser habladurías de Hernán, que está resentido con la señora porque él quería mucho a Blackfly. Peter comenta que un día lo sorprendió dándole de comer a la yegua brazadas de hierba con flores, le ligaba la hierba con flores, y que hacía con ella cosas que los hombres sólo deben hacer con mujeres. Pero quién sabe si eso es verdad o cuentos de Peter. Ahora, a mí ese Hernán no me gusta. Me parece que es capaz de cualquier cosa con tal de montarse en una yegua, beber y soñar que otra vez es un gran jockey. Lolita se baja el guardapolvos hasta las rodillas y se le achican los ojos. Sí, la otra vez se puso así. La tuvieron que ingresar en un sanatorio de Golden Beach, que es como un hotel de lujo. Allí ingresan drogadictas y borrachinas de familias ricas. Después que salió del sanatorio enseguida fue a ver a su parienta, y regresó contenta y bien. ¿Otro chofer? Sí, varios. Antes que tú había uno achinado, portorriqueño como yo. Pero tuvo discusión con la señora. Hay quien dice que lo sacaron para que entraras tú.

Por la noche no puedes dormir. Fumas y piensas. Piensas y fumas. Y una mariposa que ha entrado por la ventana te intranquiliza con su aletear contra las paredes. Escuchas el ruido de caballos. Te asomas a la ventana y los ves acercarse por la carretera. Cruzan frente a la casa y la ves a ella jineteando a Bell, y a Hernán sobre la nueva potranca y los otros animales detrás, sin arreos ni sillas. Ves sus lomos, sus afiladas orejas. La noche es oscura, pero ellos brillan en la noche y lo ves todo con una impresionante nitidez. Doblan hacia la playa y se alejan entre la hilera de cocoteros y galopan como si huyeran hacia un lado oscuro y rabiosamente rutilante. Y te parece que tus ojos ya han visto demasiado y desvías la vista hacia los arcos que forman los chorros de agua que escupen los delfines sobre la mujer de mármol que ofrece una manzana.

XII

Cuando llegas, ves a Narda y Mr. Henry sentados bajo los paraguas que están junto a la piscina. Narda lleva una trusa de dos piezas color naranja fuego y un gorro naranja fuego y te recibe con una fiera sonrisa naranja fuego. El viejo, con un short azul y una gorra de tela blanca, sonrío. Y levanta el bastón y trata de decir algo que no llegas a entender. Que si el médico, poder bañarse ya. Entonces ella te explica que el médico ha dicho que ya puede empezar de nuevo con los ejercicios de rehabilitación y a darse cortos baños de mar. Narda le sonrío a Mr. Henry, y le pasa la mano por

la cabeza. ¡Qué bueno! ¿Verdad? Y da un salto y corre y se lanza en la piscina y entonces parece una muchacha robusta, alegre y sin pasado. Y cuando sale del agua te dice que recojas las sillas de lona y el termo con jugo de naranjas, que van para la playa. Mr. Henry titubea, dice que es mejor quedarse en la piscina. Pero Narda lo embulla, lo estimula, que se le ve de lo mejor, y vamos, vamos, con un implorante entusiasmo. Y el viejo se levanta y lo ayudas y ella le alcanza el bastón. Van hacia la playa, él medio encorvado, con un hombro más bajo que el otro, pero clavando con bríos el bastón en la arena y apoyándose en el hombro de Narda, que vuelve la cabeza manteniendo una fina línea de sonrisa, hasta que pestañea y se muerde los labios. Y hay algo en sus ojos, o no tanto en los ojos como en la mirada, fija, sumisa, con el insondable y resuelto candor que tienen las miradas de las mujeres cuando están decididas. Y no logras comprender qué es lo que realmente le pasa.

Llegan cerca de la orilla. El viejo se sienta al sol y Narda a la sombra de los cocoteros, y deja escapar la arena entre los dedos de sus pies. Cuando el viejo no mira te guiña el ojo y sonrío y coloca los labios en forma de trompita y procuras no mirarla, porque te enfurece verla con toda esa alegría, con toda esa farsa que está montando, preguntándole al viejo cómo se siente, embullándolo para que se meta en el agua, acariciándole la cara. Y quisiera estallar, dejarla con su viejo, con Hernán, con sus caballos y sus piesecitos y su maldad y su locura. Y te mira, ahora arrodillada a los pies de Mr. Henry, que le acaricia el pelo como a una sántica de carne para su saliva y sus mordidas. Y ella te sonrío, pero la sonrisa se le va, se escapa de su boca, y se aleja y muere vacía como un aire derretido en el aire. Y ahora sus ojos son fríos y secos, duros y decididos. Y se levanta y se acerca a la orilla y chapotea. Levanta espuma y les grita que vayan, que el agua está riquísima. Y le grita a Mr. Henry abriendo los brazos, como esperándolo para un largo abrazo. Y el viejo toma su bastón y se pone en pie. Y lo ayudas a caminar hacia el agua, y él clava el bastón en la arena y ella también se acerca y lo ayuda. El viejo sonrío, y muy cerca de la orilla empieza a nadar entre tú y Narda. El viejo nada y sonrío, y, entonces, sorprendentemente, Narda da un alarido y un salto y chilla. Y se quita la parte superior de la trusa y salta en el agua hacia el aire y el sol con los pechos desnudos. Da gritos histéricos. Y se quita la otra parte de la trusa y salta al aire y al sol totalmente desnuda, chillando, alborotando. Mr. Henry la mira con los ojos muy abiertos y asombrados y mueve la boca queriendo gritar algo que no se oye por los

gritos de ella. Su cara se enrojece por el esfuerzo y Narda se le acerca y lo empuja. El viejo cae y queda con los ojos saliéndosele y ella coge un buche de agua y se lo escupe en la cara y el viejo casi se asfixia y trata de levantarlo, pero ella vuelve a empujarlo y a escupirle otro buche de agua y continúa chillando, tirada sobre el viejo, desnuda, ahogándolo, metiéndole los dedos en la nariz, apretándole el cuello, empujándole la cabeza bajo el agua y riendo. Sale y corre hacia la playa. Levantas al viejo, pero su cuerpo un poco amoratado resbala entre tus manos. Vas tras ella, que se ha dejado caer en la arena, toda abierta, y te llama y te dice que es un juego, una sorpresa, que se le cayó la ropa, que sintió un frío muy raro, unas cosquillitas, la mordida de un tiburón; y ríe y levanta los pies y te los pasa por la cara. Y ves a Mr. Henry todavía en el agua, tratando de correr hacia la playa, pero se tambalea y cae y se levanta con los ojos desorbitados y escupiendo agua y mocos y arena. Saca un pie fuera del agua y da un paso sobre un suelo que no existe y luego otro, y cae con las manos extendidas. Y cuando se levanta Narda ríe y chilla. Y el viejo ya se acerca. Levanta la barbilla hacia adelante y hacia los lados, como si algo lo atragantara. Grita, alza la cabeza y te mira y la mira y se acerca chorreando, y con violencia recoge el brazo izquierdo hasta pegárselo al cuerpo, a la masa fatigada y abatida del tórax y el ronquido áspero de la asfixia, y alarga el derecho buscando tu mano, la de ella o al bastón o el aire del que se agarra y se desploma, y el agua parece congelarsele en la cara, que ya es una máscara de cristal amoratándose. Y ella. ¡Déjalo! Y te clava las uñas en el brazo. Y vas a levantarlo y ella: ¡Déjalo! Y te clava las uñas en el cuello y te muerde y cobarde de mierda y le das una bofetada en plena boca y ella grita y sientes la sangre saliendo del cuello y de espalda. Y ves que Hernán se acerca corriendo y ella le grita: ¡Lo mató! ¡El lo mató! ¡Lo ha matado! Y te señala. ¡Avisa que lo mató! Y Hernán se vuelve corriendo hacia la casa, gritando, y ella también corre tras Hernán, pero la alcanzas por el pelo y la arrastras hacia el cuerpo del viejo. Y queda ahí, junto a Mr. Henry. El tiene la cara como un pedazo de hielo morado. El cuerpo de ella tiene algo de animal insatisfecho y las palmas de sus manos y sus pies aún son malignedamente bellos sobre la arena.

Quedas solo frente al mar. Echas a andar hacia ninguna parte. Y arreas el animal equivocado que has montado toda tu vida, el falso y ciego animal hacia el abismo.